



Fondo  
Editorial  
UCSS



UCSS  
Universidad Católica  
Sedes Sapientiae

Suplementos Académicos del Fondo Editorial UCSS  
ISSN 2518-4962

# ¿EXISTE DIOS?

Año 1, número 1, diciembre, 2015

---

P. Dr. Mario Arroyo

---

*Suplementos Académicos del Fondo Editorial UCSS*  
Año 1, número 1, diciembre, 2015

© 2015, Fondo Editorial UCSS

© Mario Arroyo

ISSN 2518-4962

Diseño y diagramación: Imagen Institucional

UNIVERSIDAD CATÓLICA SEDES SAPIENTIAE

Esq. Constelaciones y Sol de Oro s.n. Urb. Sol de Oro. Los Olivos, Lima, Perú

Teléfonos: 51-1 533-5744 / 533-6234 / 533-0008 anexo: 241

Correo electrónico: [feditorial@ucss.edu.pe](mailto:feditorial@ucss.edu.pe)

Enlace: [www.ucss.edu.pe/fondo-editorial/suplementos-academicos.html](http://www.ucss.edu.pe/fondo-editorial/suplementos-academicos.html)

Fan Page: <https://www.facebook.com/fondoeditorialucss/>

# ¿EXISTE DIOS?\*

Suplementos académicos del Fondo Editorial UCSS Año 1, N.1, 2015

Por P. Dr. Mario Arroyo\*\*

**S**i existe o no Dios, es un asunto capital que siempre ha intrigado al hombre y al que, en cierta forma, nunca ha dejado de atender con su reflexión. Es quizá la cuestión central de toda la historia del pensamiento. De igual forma, la respuesta a la pregunta sobre la existencia de Dios cambia nuestro modo de vivir: la alegría, el dolor, la esperanza son distintas con o sin Él. Está en juego la vida, su razón de ser, su dignidad y su destino.

Al mismo tiempo, personalmente, tengo un interés por mantener un diálogo constante con personas ateas, pues, además de interesante y sugerente, estimula mi curiosidad por comprender cómo afrontan los avatares de la vida aquellos para quienes todo se juega aquí. Me interesa conocer, además, las razones materialistas y ateas para comprender un amplio sector del pensamiento contemporáneo, pero también un cierto abatimiento en este. A decir verdad, difícilmente puedo imaginarme una visión más desencantada, triste y desesperanzada del mundo y de la vida que la materialista atea.

Me admira, por otro lado, la estoica resignación que supone. Por ejemplo, ver partir a una madre y saber que no hay nada más; o sentir que mi vida no ha sido todo lo plena que hubiese querido y saber que perdí definitivamente mi oportunidad... Me desconcierta, incluso, que aquello busque propagarse, pues, si fuera cierto, sería terrible. Sería una verdad que, en lugar de hacernos “libres” (parafraseando a Jesucristo en *Jn* 8. 32), nos haría “tristes” o, por lo menos, “trágicos”, cuando no personajes de una irónica comedia, como bien lo percibieron los ateos existencialistas del siglo XX.

Al realizar este diálogo, nos insertamos dentro de una tradición ininterrumpida en la historia cultural de la humanidad. Desde el despuntar del pensamiento racional han existido corrientes materialistas y teístas, baste pensar en Platón y Demócrito o Epicuro. Nuestro debate prolonga, entonces, una interesante tradición intelectual de la humanidad. Ni tú eres Paolo Flores D’Arcais o Jürgen Habermas, ni yo soy Joseph Ratzinger; ni tú eres Umberto Eco, ni yo Carlo María Martini; ni tú eres Richard Dawkins, ni yo Rowan Williams, ni tú eres Bertrand Russell ni yo Frederick Copleston... Sin embargo, nos insertamos en esa tradición que nos precede. Podemos, a lo mucho, incorporar sus intuiciones, siendo, en palabras de Newton, como enanos a espaldas de gigantes.

No es mi intención “convertir” a los ateos, aunque confieso que me gustaría que no los hubiera. Sin embargo, respeto profundamente a quien toma esa errónea determinación. Mi propósito es más simple. Deseo, sencillamente, mostrar cómo la opción teísta en general, y el cristianismo en particular, no es un asunto de gente ignorante, supersticiosa, primitiva, o ingenua, tal como injusta y falsamente ha difundido cierto cliché que tiene su origen en la Ilustración. Pienso que el teísmo es tan racional como el materialismo, e incluso más. Por ello, daré algunos argumentos —no todos— por los que me parece que es así.

Reitero, no es mi deseo convertirlos, el debate no es camino para ello. Máxime cuando pienso que en rigor, creer o no creer, es en el fondo una decisión libre. Es decir, el acto de creer tiene un componente voluntario, hace falta querer creer así como querer ser ateo. En palabras de Pascal: “Hay suficiente luz para los que quieren ver a Dios, y suficiente oscuridad para quienes no quieren verlo” (Pascal en Ayllón Vega, 2014, p. 18).

\* Versión para publicación de la postura teísta defendida por el P. Dr. Mario Arroyo frente a la posición atea, representada por el Mg. Manuel Abraham Paz y Miño. El debate se celebró en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, el 24 de noviembre de 2015, de 4:00 p.m. a 6:30 p.m.

\*\* Es doctor en filosofía por la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma). Colabora habitualmente en periódicos mexicanos como *Expreso* o *Mural*. De igual forma, es autor de *Poder, dinero y santidad. Una aproximación desde la Doctrina Social de la Iglesia* (Lima; 2012) y recientemente de *Ciencia y fe: ¿un equilibrio posible?* (Lima, Fondo Editorial UCSS, 2015).

Pero, podría objetar alguien, indudablemente la fe supone oscuridad. En efecto, la existencia de Dios no es evidente, hace falta asumir un riesgo. Aunque suele olvidarse que la fe también es luz: una poderosa luz que ilumina realidades humanas cotidianas e inevitables como el dolor, la muerte o el sentido de la vida; luz de la que carecen quienes no tienen fe, por ello, muchas veces suelen olvidar estos aspectos cotidianos de la vida.

Además, la oscuridad no es exclusiva de la fe. Una persona con fe puede titubear, sentirse insegura de su creencia, pero lo mismo le sucede al ateo: le asaltan con frecuencia dudas, se pregunta si su creencia en la increencia, es decir, su creer que Dios no existe es cierto, dado que no lo puede demostrar, aunque quisiera. Muchas veces se da unos pocos argumentos para convencerse de que es así, que Dios no existe, pero al poco tiempo le vuelven a asaltar las dudas sobre si tales razonamientos son definitivos y equivalen al acta de defunción de Dios. Si es un poco culto, sabe que con frecuencia se ha levantado dicha acta, la cual rápidamente se ha archivado: Marx, Nietzsche, Bakunin, Russell y un largo etcétera han dado por finiquitado el problema... Sin embargo, lo que ha pasado a ser una pieza de museo es su pensamiento, mientras que la realidad de Dios se muestra siempre viva (baste pensar, por ejemplo, en el impresionante recibimiento que tuvo Francisco en USA, el país más rico y adelantado científica y tecnológicamente del mundo). Es revelador que Richard Dawkins, “el campeón del ateísmo”, quien promueve una auténtica cruzada para difundir esta postura, supuestamente con respaldo científico, en su debate con Rowan Williams, concluyera no estar tan seguro de que Dios sea imposible, cabe una posibilidad pequeñita... es decir, le queda la duda (Dawkins en Sánchez Cañizares, 2012).

De igual modo, ya que estamos hablando de “dudas”, resulta muy pertinente el argumento de la duda, o mejor dicho, de la apuesta, elaborada por Pascal:

¿Qué os conviene apostar, por vuestra inmortalidad y por la verdad de la religión católica o por el hecho de que no haya nada más después?... En el fondo, si después no hay nada, ¿qué habéis perdido apostando por la inmortalidad? Nada. Pero si después hay algo, al apostar por la mortalidad lo habéis perdido todo. (Pascal en Ratzinger y Flores d'Arcais, 2008, p. 39)

Lo que sucede, en mi opinión, es que el ateísmo en realidad viene a ser una forma especular de la religión. El ateo cree que no hay Dios como yo creo que sí lo hay. El ateo tiene que hacer un acto de fe en su inexistencia, la cual no puede probar. Tiene indicios de que no existe (al no verlo), pero no seguridades y tampoco puede demostrarlo. Le gustaría hacerlo, pero sabe que no puede, pues en caso contrario todos los creyentes seríamos tontos o ignorantes, como le gusta con frecuencia caricaturizarnos, utilizando acaso algunos casos extremos como ejemplo, pero históricamente su argumento carece de fundamento, pues muchas, la mayoría de personas pensantes en la humanidad, han creído en Dios. De igual modo, el creyente tampoco puede probar lo que cree. Alcanza a mostrar algunos motivos de credibilidad que muestran la racionalidad de la fe, puede y debe pensar mejor su fe, pero es también muy consciente de que los ateos no son tontos. Sabe que existen muchos extremadamente inteligentes (supongo que no pocos de ellos se encuentran ante mí en esta ocasión), y también sabe que hace falta el ingrediente voluntario para realizar el acto de fe.

Lo de forma especular de la religión se muestra de manera más evidente en las “patologías del ateísmo”, que son análogas a las patologías de la religión. Su carácter proselitista, las formas fuertemente intransigentes que toma, constituyen una especie de integrismo o fundamentalismo ateo, paralelo, insisto, al de la religión. Quizá la muestra más evidente de la existencia de esta patología, además de su carácter combativo, proselitista e intransigente, es la actitud de cerrar los ojos a la realidad. Se manifiesta en no aceptar por principio que nada bueno haya salido ni pueda salir de la religión, teniendo únicamente ojos, con lentes de aumento diría, para las fallas o patologías de la misma, ignorando sistemáticamente su expresión normal y sana.

A decir verdad, la existencia de ateos, el hecho de que estemos aquí, que este debate haya suscitado tanto interés, me hace pensar que no es descabellada la afirmación de G. K. Chesterton: “Si no hubiera Dios, no habrían ateos” (Chesterton en Alcázar, 2015, p. 56). En efecto, no hay asociaciones que nieguen la existencia de los centauros, los pegasos y las hadas que no existen; en cambio, existen las que niegan la existencia de “Dios”, ¿no será que Él sí existe? En cualquier caso, es triste definirse como “anti-algo”, que lo que justifique la propia postura intelectual sea la negación de algo, o en este caso, de Alguien.

Ahora bien, considero que es mejor partir de lo que tenemos en común. En realidad yo también soy en cierta forma ateo. Lo soy para cierto tipo de dioses con minúscula, es decir, falsos dioses, que con frecuencia se hacen pasar subrepticamente por el verdadero Dios, con mayúscula, para inducir a los despistados a la pista equivocada, la que conduce al ateísmo. Pienso que, en realidad, muchos ateos son también ateos como yo de estos diositos, y que sencillamente les hace falta conocer al verdadero Dios o acercarse a Él sin prejuicios (Alcázar, 2015, pp. 46-48). Aquí un breve elenco de algunos “dioses” en los que no creo:

- Soy ateo de Inti, Hutchilopoztli, Zeus, Thor, Shiva, Ra porque no existen...
- Soy ateo respecto de las distintas versiones del dios viejito, bonachón, con barba blanca, que está allí solo para resolver mis problemas. De aquel que recuerdo solo cuando me hallo en dificultades y que, si no las resuelve, lo castigo diciendo que ya no creo en él, pero, curiosamente, nunca lo tengo presente cuando me va bien. Es el dios que invocamos cuando nos preguntamos: ¿dónde estaba Dios en Auschwitz?, ¿qué estaba haciendo durante los atentados de las Torres Gemelas o en París? Mas nunca se nos ocurriría decir, ¿dónde estaba Dios cuando me gané la Tinka? (si es que la gano, claro está, lo cual supondría un milagro no pequeño de este dios porque no juego esa lotería).
- Soy ateo del dios paracaídas, pariente del anterior, que sé que está allí, pero que espero nunca utilizar. Solo recurriré a él en situaciones extremas (cuando me detecten cáncer en el hígado o el páncreas, pero no antes).
- Soy ateo respecto del dios tapa-agujeros, aquel dios cuyo reino coincide con nuestra ignorancia, y conforme se va desvaneciendo tal ignorancia, se va empequeñeciendo su reino... Es el dios de Carl Sagan, Stephen Hawking y muchos otros científicos quienes, pese a su excelente formación académica, tienen una notable ignorancia religiosa y no pocas lagunas filosóficas...
- Soy ateo del dios proyección humana. Aquel que yo creo proyectando mis ideales, es decir, el dios de Ludwig Feuerbach (Reale & Antiseri, 2002, pp. 163-167).
- Soy ateo del dios que le encanta establecer un cúmulo de prescripciones arbitrarias y absurdas, únicamente para fastidiar y hacernos sentir sobre el cuello el yugo de su sujeción.
- Soy ateo del dios prozac, creado por el hombre para tranquilizarlo en sus angustias y quitarle sus miedos.
- Soy ateo del dios naturaleza, donde se confunde la obra con su hacedor, dándole a la obra las características del creador, las cuales evidentemente no tiene.
- Soy ateo del dios de los ateos, pues ellos, al otorgarle a la materia un carácter necesario, la convierten en un absoluto, algo que no puede no existir, la explicación de todo, es decir, en dios.

Ahora bien, ¿en qué Dios creo yo? Puede servirnos la siguiente definición de Sanvisens:

Dios es un ser adimensional y eterno, con voluntad e inteligencia, creador de todo cuanto existe excepto de sí mismo, y presente también en todo, pero sin identificarse con ninguno de los seres creados ni con el universo. Al crear, Dios da un sentido o finalidad a todo lo creado y este sentido es la base de la moralidad humana. (Sanvisens Herreros, 2003, p. 10)

Este es el Dios que habría que demostrar, pues no es evidente. ¿Cómo lo descubrimos? De un modo semejante a como descubrimos el electrón: no podemos percibirlo, ni imaginar siquiera, solo podemos describir su comportamiento por medio de una compleja función matemática. Así, la existencia del electrón “debe deducirse, debe probarse a partir del comportamiento de la materia. Creemos que hay electrones ya que, de otra forma, no se explicarían tales o cuales fenómenos” (Sanvisens Herreros, 2003, p. 13). Con Dios sucede algo semejante. “La existencia de Dios debe deducirse también; debe probarse a partir del comportamiento y de la existencia del mundo. Creemos que hay Dios; de otra forma no se explicaría la existencia del mundo, ni sus leyes” (Sanvisens Herreros, 2003, pp. 13-14).

A partir de ello, surgen otras preguntas. ¿Cómo sé que necesito ese Dios?, ¿no puedo pensar que su lugar lo ocupan la ciencia y la técnica? Pues bien, para ver la necesidad de ese Dios imaginemos por un momento que la ciencia y la técnica han llegado a su fin, han culminado su obra, pueden explicarlo todo y hacerlo todo. Sin embargo, irremediabilmente,

[...] habrá que tomar decisiones sobre el destino humano y universal, y entonces veremos que la tecnología no da ningún sentido ni al universo ni a la vida. La necesidad de sentido que el hombre tiene para todos sus actos, la tiene también para su vida entera, y la tecnología no se la ofrece. (Sanvisens Herreros, 2003, pp. 15-16)

Más aún, ¿qué pasará el día que la ciencia llegue a su término, por ejemplo, probando la famosa Teoría M, o Teoría del Todo de Hawking? De suceder ello,

[...] conoceremos todos los mecanismos naturales y sus ecuaciones y entonces nos daremos cuenta de que hace falta un ser que insufla poder a esas ecuaciones cósmicas y que proyecte las leyes que rigen el universo y la vida. Esas leyes son extra-científicas. En última instancia la ciencia es descriptiva. (Sanvisens Herreros, 2003, p. 15)

En ese sentido, es muy pertinente la siguiente observación de C. S. Lewis: “Todo en el Universo puede ser explicado por un conjunto de leyes, salvo esas leyes y salvo el mismo Universo, lo cual constituye una notable excepción” (Lewis en Ayllón Vega, 2014, p. 17). Esta realidad pone en evidencia una limitación del método absolutizado por el materialista. Cuando hablo de absolutización me refiero a lo que se conoce como reduccionismo, es decir, cuando el materialista convierte en absoluta una determinada parcela del saber, cegado quizá por sus éxitos clamorosos, pero siendo incapaz de contextualizarlos en una perspectiva más amplia.



El ejemplo del “extraterrestre” es ilustrativo. Un marcianito extremadamente inteligente se encuentra con una caja de música que emite una canción dedicada a una tal Susana. Se extraña de sobremanera y busca explicar el fenómeno. Piensa, entonces, que puede tratarse de la obra de un duende-dios o ser fruto de un complicado mecanismo. Para salir de dudas, desarma la caja de música, analiza cada una de las partes, y concluye afirmando que,

[...] no hace falta ningún duende-dios para explicar el funcionamiento de la caja. Todo el mecanismo se explica por un ingenioso sistema de ruedas y muelles. No hace falta nada más. Lástima. La primera parte, donde se descarta al duende-dios sustituyéndolo por un mecanismo de ruedas y muelles es correcta. La segunda, donde dice que ‘no hace falta nada más’ es patentemente falsa, porque falta precisamente lo más importante: el ser que diseñó la caja y diseñó las cosas según una cierta disposición, que compuso la música y la dedicó a una tal Susana. (Sanvisens Herreros, 2003, p. 16)

Un método que se queda solo en el mecanismo no alcanza al diseño y al sentido. El ateo, cuando percibe esta carencia, tiende a decir que no existen tal diseño y sentido. Peor aún, afirma que es fruto de nuestra imaginación.

Bien, pero ¿cómo pruebo racionalmente que Dios existe? En realidad las pruebas son las de siempre, tomando en cuenta de que no son pruebas de “laboratorio”, es decir, “experimentales”, pues Dios no es una realidad física. Por lo tanto, es improcedente pedir un control experimental. Se trata de argumentos convergentes que muestran su necesidad desde una perspectiva racional. Dichos argumentos descansan en dos principios: el de razón suficiente y el de causalidad. Dicho mal y pronto, cualquier cosa que exista debe tener una razón que explique su existencia y todo objeto físico tiene una causa. Negar tal principio implica suponer que estamos autorizados para afirmar que existen cosas de las cuales no podemos pedir ninguna explicación. Sin embargo, ni el universo es así, ya que por doquier da muestras de racionalidad y por lo tanto de una cierta inteligencia; ni quien afirme semejante hipótesis puede ser coherente con la misma, ya que en rigor no podría afirmar nada, y de hecho, en la vida práctica, funcionará como si la causalidad fuera verdadera (se preguntará por la causa de su despido, o sobre quién robó su carro, o por qué lo dejó la enamorada).

Ahora bien, el argumento de la causalidad ha sido fuertemente criticado desde distintos sectores del pensamiento filosófico, entre otros por Hume, Kant, Russell y Savater. En el fondo porque las causas las exigimos de los entes concretos, objeto de nuestra experiencia, pero en rigor el universo no es un objeto de nuestra experiencia, no es un objeto como todos los demás, por lo tanto estamos autorizados en afirmar que vamos más allá de las posibilidades reales de nuestro conocimiento al sostener que Dios es la causa del universo.

En efecto, Kant afirma: “No tiene sentido postular una causa más que cuando nos estamos refiriendo a objetos de la experiencia, pero el universo, considerado como conjunto de todos los fenómenos, no es un objeto de la experiencia sino un ideal de la razón pura” (Kant en Soler Gil, 2013, p. 233). Por su parte, en su famoso debate, Russell responderá a la pregunta de Copleston:

¿Por qué no presentar la cuestión de la causa de la existencia de todos los objetos particulares? [Respondiendo:] Porque no encuentro razón para pensar que la hay. Todo concepto de causa está derivado de nuestra observación de cosas particulares; no encuentro ninguna razón para suponer que el total tenga una causa, cualquiera que sea. (Russell en Soler Gil, 2013, p. 234)

Mientras que Savater asegura: “Si a la pregunta de por qué hay universo respondemos diciendo que lo ha hecho Dios, la siguiente pregunta inevitable es por qué hay Dios o quién ha hecho a Dios. Si vamos a aceptar que Dios no tiene causa, también podíamos haber aceptado antes que el universo no tiene causa y ahorrarnos ese viaje” (Savater, 1999, p. 134). Dicha afirmación de Savater es repetida casi literalmente, por Carl Sagan (Sagan, 1982, p. 257) o Richard Dawkins (Gonzalo y Alfonseca en Soler Gil & Alfonseca, 2014, pp. 274-275), afirmando que la hipótesis de Dios, más que facilitar las cosas, las complica postergando la respuesta (Gonzalo & Alfonseca en Soler Gil & Alfonseca 2014, pp.274- 275). Para ellos, Dios no resolvería el problema de la cadena al infinito.

Si el argumento de la causalidad es el de siempre, quizá algunas herramientas que ofrece la ciencia contemporánea permiten formularlo de un modo novedoso, de forma que se pueden responder a estas objeciones. Todo efecto físico requiere una causa que lo explique. Veámos que el problema es que el universo no sería propiamente hablando un objeto físico del cual tengamos experiencia y del que en consecuencia podamos exigir una causa, sino, a lo más, una creación de nuestra mente. Sin embargo, a partir de la ecuación cosmológica de Einstein, a partir de la Teoría de la Relatividad que permite describir el universo con una ecuación matemática, las cosas han cambiado (Gonzalo & Alfonseca en Soler Gil & Alfonseca, 2014, p. 274). Si la objeción de Kant—que usa como fondo la física newtoniana donde el espacio y el tiempo son absolutos, y en cuya saga siguen los demás críticos de la causalidad— era válida, al despuntar la cosmología en el siglo XX ya no lo es: el universo puede describirse con una ecuación, los objetos pueden describirse con ecuaciones. Todas las cosmologías modernas tratan al universo como un objeto, dejando de ser válidas las críticas de Kant y Russell.

Asimismo, la causalidad está ligada a la categoría de objeto (por eso Dios no requiere una causa, pues no es un objeto, siendo falaces las críticas de Savater, Sagan y Dawkins). Si se acepta cualquiera de los modelos cosmológicos actuales, se puede mostrar que el universo presenta los rasgos esenciales de un objeto ordinario, por lo que resulta legítimo y razonable esperar que tenga una causa. ¿Cuáles son esas características? Estas vendrían a ser determinación, independencia y unidad (Soler Gil, 2013, p. 222). De hecho, la cosmología busca describir el universo como un sistema físico, es decir, “una entidad dotada de un cierto grado de independencia, de unidad, y una serie de rasgos estructurales y dinámicos que pueden ser descritos con la ayuda de teorías físicas” (Soler Gil, 2013, p. 223).

La perspectiva teísta se muestra más apropiada que la materialista para describir el universo según las cosmologías contemporáneas. ¿Qué exige la aproximación teísta al universo? Podemos responder con la siguiente seriación: (a) que el cosmos pueda concebirse como un objeto, es decir, sea una entidad causada; (b) que sea racional, como consecuencia de proceder de una razón divina; y (c) que tenga finalidad, uno de cuyos fines sea la generación de seres inteligentes, capaces de conocer a Dios y relacionarse con Él (Soler Gil, 2013, p.210).

La inteligibilidad, objetualidad y orientación a fines son fuertemente subrayadas por la cosmología contemporánea: (a) inteligibilidad, la dinámica y la evolución de todo lo físico puede caracterizarse con la ayuda de un conjunto pequeño de ecuaciones; (b) objetualidad (ya la hemos mencionado); y (c) los rasgos de finalidad aparecen con la evidencia del ajuste fino (al que por razones de tiempo no haré especial alusión) (Soler Gil, 2013, pp. 222-223).

¿Cómo debería ser el cosmos materialista? A la inversa del teísta, y a la inversa de como es descrito por buena parte de la literatura científica contemporánea: (a) no puede concebirse como un objeto; (b) la racionalidad del cosmos es solo aparente o debe ser considerada un hecho bruto; y (c) el cosmos no persigue ningún fin, y por lo tanto, carece de sentido (Soler Gil, 2013, p. 217).

Ahora bien, queda la cuestión de preguntarse por la “causa de Dios”, “¿quién creó a Dios?”, es decir, por las objeciones de Savater, Sagan y Dawkins. El error está en tratar a Dios como un objeto físico más, como un ser limitado, contingente, afectado por la temporalidad. Pero ese no es el caso de Dios, que no tiene tiempo pues es eterno.



No es verdad que todo ser necesita una causa. No es eso lo que dice el principio de causalidad. Todo ser que comienza a existir necesita una causa. Todo ser, eso sí, requiere una razón suficiente de su existencia. Si no tiene en sí mismo esta razón, debe tenerla en otro, y entonces esta razón es una causa. Dios tiene en sí mismo la razón de su existencia y por tanto no requiere de otro que la explique; no requiere causa, es decir, razón exterior. (Sanvisens, 2003, p. 31)

¿Por qué esa exigencia causal? Porque, en caso contrario, nos vamos a una cadena al infinito, lo que es contradictorio: admitir realmente una serie infinita antes de nosotros es afirmar que en realidad nunca habríamos llegado nosotros... Si no hay ser eterno, caemos o en una sucesión infinita, o en que el ser proviene de la nada, ambas posturas son absurdas. Por ello, Dios no es una creación gratuita, sino una necesidad que permite explicar lo que existe. La racionalidad del universo, que se manifiesta entre otras cosas en la evidencia del ajuste fino (no confundir alevosamente con la teoría del “diseño inteligente”), constituye una prueba de que el cosmos proviene de una racionalidad anterior, de una razón suprema: Dios. Lo contrario es suponer que lo racional es fruto de la irracionalidad.

Esta es la conclusión, por ejemplo, de un destacado filósofo, autor de *Teología y falsificación* —según algunos, la obra filosófica reimpressa más veces en el siglo XX sobre el tema—, que durante seis décadas lideró la postura materialista atea, Antony Flew. En efecto, afirma: “La única explicación satisfactoria del origen de esta vida *orientada a propósitos y autorreplicante* que vemos en la Tierra es una Mente infinitamente inteligente” (Flew, 2012, p.115). No es otra la postura del científico más popular de la modernidad, Albert Einstein, quien llegó a decir:

Yo considero la comprensibilidad del mundo como un milagro o un eterno misterio, porque *a priori* debería esperarse un universo caótico, que no pudiera en absoluto ser comprendido por el pensamiento. Ahí está el principal punto débil de los positivistas y de los ateos profesionales. (Ayllón Vega, 2014, p. 14)

Sin embargo, el materialista insistirá en lo siguiente: solo la ciencia me proporciona un conocimiento válido de la naturaleza, un conocimiento comprobable empíricamente. De hecho, de la ciencia tenemos certeza de su fecundidad, de su valor explicativo del mundo, de su funcionamiento. Esto es verdad hasta cierto punto, pues, por principio, dicha afirmación no es fruto de la ciencia, sino una afirmación filosófica que escapa al ámbito experimental.

Pero, si de fecundidad hablamos, el teísmo, y muy particularmente el cristianismo se muestra bastante fecundo también: baste pensar en la misma ciencia (en el sentido moderno del término) que se gestó y desarrolló en un ambiente profundamente cristiano, no siendo así por casualidad, pues ya pensadores como Alfred North Whitehead reconocieron que no hubiera podido desarrollarse en otro contexto. La universidad, “esa forma superior de investigación, enseñanza y convivencia culta” (Ayllón Vega, 2014, p. 11) también es fruto de la fe, por no mencionar al Gótico, Renacimiento o Barroco, profundamente cristianos. Igualmente, se desbordan nombres como los de Mozart, Bach, Cervantes y Dostoievsky, Miguel Ángel, Rafael, san Francisco y la Madre Teresa de Calcuta... También la creencia en Dios ha dejado frutos patentes en la historia de la humanidad, y no reconocerlo es tener síndrome de avestruz, meter la cabeza en un agujero de la tierra para huir de la realidad.

Para concluir, comparto una última reflexión para apoyar mi postura. La tomo del filósofo francés Jean Guitton:



Dios se ha obligado a dejarnos libres para creer o no creer en Él. Ese Dios discreto ha colocado una apariencia de probabilidad en nuestras dudas sobre su existencia. Se ha envuelto en sombras para hacer más amorosa nuestra fe, sin duda también para concederse el derecho de perdonar nuestra negación: es preciso que la solución contraria a la fe conserve cierta verosimilitud para dejar todo su juego a la misericordia. (Ayllón Vega, 2014, p.19)



## Referencias

- Alcázar, M. (2015). *Antivirus mental versión beta*. Manuscrito inédito.
- Ayllón Vega, J. R. (2014). Ciencia y Fe. En *Diálogos de teología XV: Fe y nueva evangelización* (pp. 18-19). Valencia, España: Biblioteca Sacerdotal Almudi.
- Flew, A. (2012). *Dios Existe*. Madrid, España: Trotta.
- Gonzalo, J. A. & Alfonseca, M. (2014). ¿Tiene sentido preguntarse por la causa del Universo? En Soler Gil, F. & Alfonseca, M. (eds.), *60 preguntas sobre Ciencia y Fe respondidas por 26 profesores de universidad* (pp. 274-275). Barcelona, España: Stella Maris.
- Ratzinger, J. & Flores d' Arcais, P. (2008). *¿Dios existe?* Madrid, España: Espasa.
- Reale, G. & Antiseri, D. (2002). *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Tomo III. Barcelona, España: Herder.
- Sagan, C. (1982). *Cosmos*. Barcelona, España: Planeta.
- Sánchez Cañizares, J. (2012). Las razones del ateísmo científico. *Palabra*, N.6, pp. 56-59.
- Sanvisens Herreros, A. (2003). *Pero, ¿quién creó a Dios?* Pamplona, España: EUNSA.
- Savater, F. (1999). *Las preguntas de la vida*. Barcelona, España: Ariel.
- Soler Gil, F. (2013). *Mitología materialista de la ciencia*. Madrid, España: Encuentro.